



BLACK MASS

LA
MAFIA
IRLANDESA,
EL
FBI

Y UN PACTO
CON EL DIABLO

DICK
LEHR &
GERARD
O'NEILL

En 1975 la mafia italiana controlaba los bajos fondos de la ciudad norteamericana de Boston. El agente del FBI John Connolly, en un intento codicioso de prosperar dentro de la Agencia, decide hacer un pacto con el jefe de la mafia irlandesa James Bulger. El acuerdo es el siguiente: ambos tendrán como misión eliminar a La Cosa Nostra.

Una historia basada en el crimen organizado, la obstrucción a la justicia, la corrupción y el asesinato que convirtió al mafioso Bulger en la persona más buscada por el FBI después de Osama Bin Laden, y a la oficina de Boston en la más investigada en la historia de la Agencia.

Relación de personajes

BANDA DE BULGER

JAMES J. BULGER, *Whitey*

STEPHEN J. FLEMMI, *el Fusilero*

NICK FEMIA, sicario

KEVIN WEEKS, sicario e hijo putativo de Bulger.

KEVIN O'NEILL, socio

PATRICK NEE, socio

JOSEPH YERARDI, socio

GEORGE KAUFMAN, socio

BANDA INICIAL DE WINTER HILL

Incluye a los miembros de la banda de Bulger además de:

HOWARD WINTER, jefe

JOHN MARTORANO, sicario

WILLIAM BARNOSKI, socio

JAMES SIMS, socio

JOSEPH MCDONALD, socio

ANTHONY CIULLA, encargado de amañar carreras hípcas

BRIAN HALLORAN, socio

MAFIA DE BOSTON

GENNARO J. ANGIULO, *Jerry*, segundo del capo

ILARIO ZANNINO, *Larry*, capo en funciones y *consigliere*
DONATO ANGIULO, *Danny*, capo en funciones
FRANCESCO ANGIULO, *Frankie*, socio
MIKEY ANGIULO, socio
J. R. RUSSO, capo en funciones
VINCENT FERRARA, *el Animal*, capo en funciones
BOBBY CARROZZA, capo en funciones
FRANK SALEMME, *Frank Cadillac*, amigo de la infancia de
Flemmi y cabecilla de la mafia en la década de 1990

OFICINA FEDERAL DE INVESTIGACIÓN,
OFICINA DE CAMPO DE BOSTON

H. PAUL RICO, Brigada Nacional contra el Crimen Organiza-
do
DERMIS CONDON, Brigada Nacional contra el Crimen Orga-
nizado
JOHN J. CONNOLLY, hijo, agente de contacto de Bulger y
Flemmi
JOHN MORRIS, supervisor de la Brigada Nacional contra el
Crimen Organizado
LAWRENCE SARHATT, agente especial al mando (SAC, por
sus siglas en inglés), a principios de la década de
1980
JAMES GREENLEAF, agente especial al mando, a mediados
de la década de 1980
JAMES AHEAM, agente especial al mando, a finales de la
década de 1980
ROBERT FITZPATRICK, adjunto del agente especial al mando
(ASAC, por sus siglas en inglés)
JAMES RING, adjunto del agente especial al mando
NICHOLAS GIANTURCO, Brigada Nacional contra el Crimen
Organizado
TOM DALY, Brigada Nacional contra el Crimen Organizado
MIKE BUCKLEY, Brigada Nacional contra el Crimen Organi-
zado

EDWARD QUINN, Brigada Nacional contra el Crimen Organizado

JACK CLOHERTY, Brigada Nacional contra el Crimen Organizado

JOHN NEWTON, agente especial

RODERICK KENNEDY, agente especial

AUTORIDADES FEDERALES,
ESTATALES Y LOCALES

ROBERT LONG, policía estatal de Massachusetts

RICK FRAELICK, policía estatal de Massachusetts

JACK O'MALLEY, policía estatal de Massachusetts

JOHN O'DONOVAN, comandante de la policía estatal de Massachusetts

THOMAS FOLEY, policía estatal de Massachusetts

JOE SACCARDO, policía estatal de Massachusetts

THOMAS DUFFY, policía estatal de Massachusetts

RICHARD BERGERON, detective de la policía de Quincy

AL REILLY, Agencia Antidroga de Estados Unidos (DEA, por sus siglas en inglés)

STEPHEN BOERI, Agencia Antidroga de Estados Unidos

DANIEL DOHERTY, Agencia Antidroga de Estados Unidos

JEREMIAH T. O'SULLIVAN, fiscal federal del Departamento de Justicia

FRED WYSHAK, fiscal federal del Departamento de Justicia

BRIAN KELLY, fiscal federal del Departamento de Justicia

JAMES HERBERT, fiscal federal del Departamento de Justicia

Prólogo

Un día de verano de 1948, un tímido chaval con pantalones cortos de nombre John Connolly entró despreocupado a la tienda de la esquina junto a dos amigos. Los chavales querían echar un vistazo a las chucherías del pequeño almacén, situado en las afueras del barrio de viviendas de protección oficial de Old Harbor, en South Boston, donde vivían los tres. «Ese es Whitey Bulger», comentó uno de los niños en voz baja.

En efecto, se trataba del legendario Whitey Bulger, delgado, erguido y con pinta de tipo duro, con esa cabellera rubio platino que inspiró el apodo con el que lo bautizó la policía: Whitey, Albino, aunque él odiara el mote y prefiriese ser llamado por su auténtico nombre de pila, Jimmy. Era el matón adolescente de la banda de los Shamrock.

Bulger pilló a los chavales mirándolo y, en un acto impulsivo, ofreció barra libre de helados para todos. Dos de los niños se dejaron llevar por el entusiasmo y dijeron cuál era su sabor favorito. Sin embargo, el pequeño John Connolly tenía sus dudas, pues debía acatar las instrucciones maternas de no aceptar regalos de desconocidos. Cuando Bulger le preguntó por qué se abstenía, los otros dos chavales se mofaron de la norma de la madre de Connolly. En ese momento, Bulger tomó las riendas de la situación.

«Oye, chaval, no soy un desconocido», le dijo. Sería el instante en que el futuro gánster daría al muchacho una lección rápida, aunque crucial, de historia y genealogía: los antepasados de ambos eran irlandeses. No eran en absoluto desconocidos.

Whitey volvió a preguntar: «¿De qué sabor quieres el cucurucho?».

Con un hilillo de voz, Connolly respondió que vainilla. Bulger, ufano, acompañó al chaval hasta el mostrador donde este recibió su premio.

Así conoció John a Whitey. Muchos años después afirmaría que la emoción sentida al toparse por casualidad con Bulger aquel día fue «como conocer a Ted Williams», la archiconocida leyenda del béisbol estadounidense.

Introducción

Durante la primavera de 1988 empezamos a escribir para *The Boston Globe* el relato sobre dos hermanos, Jim Bulger, alias Whitey, y su hermano pequeño, Billy. En una ciudad con una historia tan larga y variopinta como la de Boston, plagada de personajes históricos de todas clases, los Bulger eran leyendas vivas. Ambos se encontraban en el pináculo de sus trayectorias. Whitey, a la sazón de cincuenta y ocho años, era el gánster más poderoso de la ciudad, un afamado asesino. Billy Bulger, de cuarenta y cuatro, era el político más influyente de Massachusetts, el presidente durante más legislaturas del Senado de ese estado, institución con una historia de doscientos ocho años de antigüedad. Ambos tenían reputación de astutos y crueles, características compartidas con las que actuaban en sus respectivos mundos.

Los Bulger eran la saga bostoniana por antonomasia: dos hermanos que se habían criado en las viviendas de protección oficial del barrio irlandés más aislado, South Boston, o Southie, como solía llamarse con más frecuencia. Durante su infancia y juventud, Whitey, el primogénito rebelde, frecuentaba más los tribunales de menores que el instituto. Protagonizaba peleas callejeras y peligrosas persecuciones automovilísticas, episodios muy hollywoodenses. En

algún momento de la década de 1940 había conducido su coche por los raíles del tranvía a toda velocidad hasta la antigua estación de Broadway, para asombro de los atónitos viajeros que abarrotaban el andén. Tocado con una gorra tipo Gatsby y con una rubia de copiloto, pasó saludando con la mano a los presentes y tocando el claxon. Y se esfumó. Su hermano Billy dirigió sus pasos en la dirección contraria. Se dedicó a estudiar: historia, literatura clásica, y por último, derecho. Acabó entrando en el mundo de la política.

Ambos habían protagonizado noticias, pero jamás se habían combinado sus trayectorias vitales en un mismo artículo. En primavera decidimos cambiar eso, para lo que nos pusimos a trabajar con otros dos compañeros de nuestro periódico, *The Globe*. Christine Chinlund, especializada en política, se encargó de Billy Bulger. Kevin Cullen, el mejor cronista de sucesos de la ciudad en ese momento, investigó a Whitey. Nosotros colaboramos alternativamente con ambos, y, al final, Lehr acabó trabajando sobre todo con Cullen y O'Neill y supervisó la totalidad del proyecto. Aunque estábamos acostumbrados a realizar trabajos de investigación, este en concreto se planteó como un estudio biográfico detallado de dos de los hermanos más pintorescos y seductores de la ciudad.

Decidimos entre todos que la clave de la historia de Whitey Bulger residía en su vida supuestamente afortunada. Sin duda, así era: Whitey había cumplido en cárceles federales un total de nueve años de condena, entre ellos, un par en Alcatraz, por una serie de atracos a mano armada a diversos bancos durante la década de 1950. No obstante, desde su regreso a Boston en 1965, no había sido detenido ni una sola vez, ni siquiera por infracciones de tráfico. Mientras tanto, su ascenso por los escalafones del mundo del hampa era meteórico. De temido soldado raso de la banda de Winter Hill había llegado a convertirse en el jefe más afamado de los bajos fondos. Su compañero de batallas en ese trepidante ascenso fue el asesino Stevie Flemmi, *el Fu-*

silero. La creencia popular era que habían logrado escalar de forma imparable en la jerarquía criminal hasta lograr fama y dinero gracias a su astucia, superior a la de los investigadores que intentaban reunir pruebas suficientes para acusarlos de cualquier delito.

Sin embargo, a finales de la década de 1980, la policía local, la policía estatal y los agentes de narcotráfico de la DEA, la Agencia Antidroga de Estados Unidos, elaboraron una nueva teoría para explicar el immaculado historial de Bulger. «Está claro, es muy astuto y se anda con pies de plomo», dijeron, pero la habilidad para el escapismo al estilo Houdini del gánster rayaba lo sobrenatural. En opinión de los agentes, tenía que haber gato encerrado. Según ellos, Bulger estaba relacionado con el FBI, y aventuraron que, durante todos esos años, la Oficina Federal de Investigación había encubierto sus crímenes. ¿Cómo si no se explicaba el estrepitoso y reiterado fracaso a la hora de echarle el guante? No obstante, la teoría tenía un fallo: ninguno de sus ideólogos logró facilitarnos pruebas irrefutables.

En nuestra opinión, ese planteamiento era un auténtico disparate e incluso se nos antojaba conveniente para quienes lo proponían.

En opinión de Cullen, que vivía en South Boston, la simple idea contravenía toda la información conocida en ese momento sobre un gánster con reputación de ser el mafioso definitivo, un jefe del crimen organizado que exigía lealtad absoluta a sus socios. La mentada teoría desafiaba la cultura del mundo al que pertenecía Bulger, la de South Boston, y la de su acervo cultural, el de Irlanda. Los irlandeses sentían un odio atávico contra los confidentes. Hemos visto, alguno de nosotros más de una vez, *El delator*, la conocida película de John Ford estrenada en Estados Unidos en el año 1934. Se trata de un retrato atemporal e inigualable del desprecio y el encono que siente un irlandés

dés hacia un chivato. Un éxito de ámbito más local, no obstante, fue una intervención telefónica en South Boston que se convertiría en un auténtico clásico de los anales sobre hablars mafiosos. La grabación robada capturó una conversación entre un esbirro del mismísimo Bulger y su chica.

«Odio a los chivatos, joder —se lamentaba John Shea, *el Rojo*—. Son tan asquerosos como los violadores y esos hijos de puta que abusan de los niños». ¿Y qué haría él si pillase a un confidente? «Lo ataría a una silla, ¿vale? Luego cogería un bate de béisbol y le daría un buen viaje en toda la cabeza, joder. Me quedaría mirando cómo se le cae de los hombros. Y al final cogería una motosierra y le cortaría los dedos de los pies a ese hijo de mala madre. Ya te llamo luego, cariño».

Así era el mundo de Whitey, donde la animadversión hacia los confidentes estaba muy arraigada y no hacía concesiones, ni entre los miembros de las bases ni entre los de la élite. Incluso Billy Bulger expresó, en una versión más refinada, la misma visceralidad que el Rojo. En su autobiografía, publicada en 1996, rememoraba un episodio en que estaba jugando a béisbol con unos amigos y rompieron una farola. Dijeron a los chavales que les devolverían la pelota si señalaban al culpable. Ninguno lo delató. «Odiábamos a los chivatos —escribió Billy Bulger—. Nuestra historia popular está teñida de sangre por culpa de traidores que vendieron a sus hermanos a verdugos y otros personajes más crueles en las tierras de nuestros antepasados».

Puesto que esa también era la historia de Whitey, en 1988, los cuatro periodistas nos negábamos en redondo a creer en la teoría del confidente. Analizamos la idea desde todos los puntos de vista y llegamos a una conclusión: era imposible. La afirmación debía estar propiciada únicamente por la pataleta enfurecida de los investigadores, resentidos por su fracaso constante a la hora de echar el guante a Whitey Bulger. La idea de que el gánster de origen irlandés fuera confidente se antojaba ridícula.

No obstante, el argumento persistía, irritable, como un molesto picor, y afloraba con insistencia. ¿Y si resultaba ser cierto?

En el año 1988, la noticia más destacada fue la candidatura a la presidencia del gobernador por Massachusetts Michael Dukakis, pero, durante esos meses centrados en la carrera presidencial, nosotros estábamos cada vez más interesados y volcados en la historia de Whitey. Cullen volvió a su labor a pie de calle. Lehr se unió a él. Concertaron más entrevistas con los inspectores que habían acechado a Bulger en su intento de imputarle algún delito. Los entrevistados rememoraban sus investigaciones con minuciosidad, y todas ellas concluían de igual modo: Bulger se marchaba siempre de rositas, sin cargos e indemne, riendo con suficiencia. Todos ellos mencionaban a cierto agente del FBI, John Connolly, quien, al igual que los hermanos Bulger, había crecido en Southie. Connolly había sido visto en compañía de Whitey. Escribimos al FBI de Boston y, amparándonos en la Ley de Libertad de Información, solicitamos el acceso a archivos confidenciales y diverso material relacionado con Bulger. Fue una formalidad; que la solicitud fuera denegada no nos sorprendió. Así las cosas, estaba claro que no podíamos redactar un artículo donde afirmáramos que Bulger era confidente del FBI. Contábamos únicamente con las fundadas sospechas —aunque con ninguna prueba— de otros agentes del orden público. No teníamos ninguna confirmación interna del propio FBI. Decidimos publicar un reportaje sobre cómo Bulger había dividido a los actores del orden público de Boston. Se trataría de una crónica sobre la cultura policial, protagonizada por policías estatales y agentes de narcotráfico impotentes a la hora de detener al archiconocido gánster y que expresaban sus oscuras sospechas sobre el FBI. En cierta forma, Bulger había dividido y conquistado; había vencido.

Los bajos fondos de Boston y la interacción entre los investigadores sugerían historias de apariciones fantasmales, trucos con humo y espejos; la idea de que Bulger fuera confidente seguía pareciéndonos improbable. Sin embargo, emprendimos una última ronda de entrevistas para comprobar la información que habíamos obtenido de nuestras fuentes en el FBI. La clave de ese reportaje se describe en el capítulo 16 del presente libro. La realidad es que al final conseguimos confirmar, gracias a fuentes internas del FBI, que lo impensable era cierto: Bulger era confidente de la Oficina Federal de Investigación y lo había sido durante años.

El reportaje se publicó en septiembre de 1988 y fue recibido con acaloradas críticas de los agentes locales del FBI que negaban la autenticidad de su contenido. En Boston, los agentes de la Federal estaban acostumbrados a manejar la prensa a su antojo: facilitaban información a los reporteros agradecidos por una primicia en la que, por supuesto, el FBI siempre quedaba en buen lugar. En ese contexto, no nos sorprendió la airada reacción de la Oficina de Boston ante la publicación de nuestro trabajo. Además, fueron muchos los que creyeron sus alegaciones en contra del reportaje. Al fin y al cabo, ¿quién tenía más credibilidad? ¿El FBI, con sus altos hombres de gris, que habían hecho correr ríos de tinta ensalzándolos por haber acabado con la mafia italiana? ¿O un grupo de periodistas a quienes el FBI acusaba de tener intereses creados? Sin perder de vista lo profundamente imposible que nos parecía que Bulger fuera un confidente y la auténtica vehemencia de las negaciones por parte del FBI, el reportaje se consideró una especulación, no la oscura verdad.

Tendría que pasar casi una década antes de que una orden judicial obligara al FBI a confirmar lo que los agentes negaron con tanta rotundidad durante tanto tiempo: que Bulger y Flemmi sí habían sido sus confidentes. Bulger desde 1975 y Flemmi desde antes incluso. La información se reveló en 1997, al inicio de una investigación sin preceden-

tes llevada a cabo por el tribunal federal sobre los vínculos corruptos entre el FBI, Bulger y Flemmi. En 1998, diez meses de declaraciones juradas y pilas de archivos del FBI hasta entonces confidenciales desvelaron un descarado y delictivo *modus operandi*: dinero que cambiaba de manos entre informantes y agentes; obstrucción de la justicia e innumerables filtraciones por parte del FBI con tal de proteger a Bulger y Flemmi de investigaciones realizadas por otras agencias; intercambio de regalos y comilonas extravagantes en las que agentes y confidentes compartían mesa y mantel. Muchas de las declaraciones de los agentes estaban teñidas de una arrogancia inconfundible, como si fueran los dueños de la ciudad. Resultaba fácil imaginar al FBI, a Bulger y a Flemmi celebrando su secreto bien guardado, levantando sus copas de vino y brindando por ser más astutos que la policía estatal, la policía local y los agentes de narcotráfico que habían intentado ganarles la mano sin darse cuenta de que la partida estaba amañada.

El caso de Bulger, claro está, no es el primero relacionado con el FBI en el que estaban implicados agentes y confidentes y que ha salido a la luz pública. A mediados de la década de 1980, un agente veterano residente en Miami reconoció haber aceptado 850 000 dólares en sobornos de su informante durante un caso relacionado con tráfico de drogas. Más conocido es el caso relacionado con Jackie Presser, expresidente del sindicato estadounidense de transportistas, que trabajó para el FBI como confidente durante una década hasta su fallecimiento en julio de 1988. Los agentes a los que Presser rendía cuentas en el FBI fueron acusados de mentir para librarlo de ciertos cargos en 1986, y uno de los supervisores de la Oficina Federal de Investigación acabó cesado de su cargo.

Sin embargo, el escándalo de Bulger es el más grave con diferencia: una fábula admonitoria versada, ante todo,

en el abuso de poder que pasa desapercibido. El acuerdo podría haber tenido sentido al principio, como parte del grito de guerra del FBI contra la Cosa Nostra. En parte con la ayuda de Bulger y, más que nada, de Flemmi, los máximos capos de la mafia se habían retirado de escena en la década de 1990, y fueron sustituidos por un reparto de suplentes nada memorables, eso sí, con apodosos inolvidables. En marcado contraste, Bulger fue un jefe del crimen organizado habitual de los bajos fondos durante años. Whitey era el personaje popular, y Flemmi y él eran los jugadores más prometedores de la Liga.

«Confidente de máximo nivel» es un infiltrado que facilita al FBI información secreta de primera mano sobre figuras del crimen organizado en lo más alto del escalafón. Las directrices del FBI exigen que los agentes responsables de los informantes, sus enlaces, vigilen de cerca sus movimientos. Pero ¿qué ocurre cuando el confidente empieza a vigilar de cerca los movimientos de esos agentes? ¿Qué ocurre si, en lugar del FBI, es el confidente quien está al mando, y el FBI lo llama «el bueno entre los malos»?

¿Qué ocurre si el FBI derrota a los enemigos del confidente y este puede ascender a la cúspide del crimen organizado? ¿Y si el FBI protege al confidente facilitándole información sobre las investigaciones que están llevando a cabo otros cuerpos policiales?

¿Y si se acumulan los casos de asesinatos sin resolver? ¿Si sencillos trabajadores son amenazados y extorsionados, y no tienen recursos para defenderse? ¿Y si un importante cártel de cocaína burla las investigaciones policiales una y otra vez? ¿Si complejas operaciones de escuchas telefónicas, que cuestan millones de dólares a los contribuyentes, son filtradas y frustradas?

Sería imposible que ocurriera algo así, ¿verdad? ¿Que un pacto entre el FBI y un confidente de máximo nivel salga tan mal?

Pues eso fue exactamente lo que ocurrió.